



LA TABERNA DE ALDEA.

Después de fijar la vista en esta lámina, no es necesario decir que el lector tiene delante de sí una taberna de aldea. Aquellos dos que juegan á las cartas, están tan embebidos en su pasatiempo, que se olvidan de que hay en torno suyo un mundo en agitación y movimiento. Como el juego es una pasión en extremo violenta, la tabernera, á quien de seguro la abundancia de quehaceres no la incita á resolver el problema del movimiento continuo, observa atentamente el juego, y como mujer curiosa, no se contenta con ver las cartas que los dos contrincantes dejan sobre la mesa, sino que fija su atención en las

que uno de los jugadores tiene en la mano. Todo esto es completamente indiferente para ese individuo que con el jarro delante y la pipa entre los dedos, no se cuida, ni poco ni mucho, de los cuidados del mundo, ni de las penas que afligen á los hombres: él tiene tabaco para desvanecer las suyas con el humo de su pipa, y el jarro delante para ahogarlas en vino. Es un cuadro de verdadero egoísmo.

Esta pintura pertenece á la galería del Louvre; es de la escuela flamenca, que, como es sabido, se distingue de todas por consagrarse enteramente á la contemplación de la naturaleza. Van-Ostade, su autor, nació en Lebeck el año de 1610; pasó á Harlem, donde se estableció antes que los ejércitos enemigos se aproximaran á la ciudad; vivió después en Amsterdam, y allí murió en 1685. En esta ciudad pintó sus mejores cuadros.

4 DE JUNIO DE 1854.

CARTA ORIGINAL

ESCRITA POR S. M. EL SEÑOR DON FELIPE IV, REY DE ESPAÑA,
A LA MADRE VENERABLE SOR MARÍA DE JESÚS DE AGREDA,
Y LA RESPUESTA DE ESTA, AMBAS DEL AÑO 1655.

Nos parecen sumamente curiosos los dos siguientes escritos, que nos han sido remitidos por la persona que posee los originales, de los cuales se han sacado fielmente las copias que va á ver el lector. Dicen así:

I.

Con mucho gusto é recibido vra carta, y aunq tengo hartas-ocupaciones, tomo este ratillo para responderos, y agradeceros muy deueras todo lo q me decis, enq reconozco particularmente el amor q me teneis, y el desseo de mi mayor bien, assi espiritual como temporal, pues todas sus letras, y clausulas lo muestran muy bien; gran aliento me dá (enmedio de mi flaqueza,) ver lo q meayudais con vras oraciones, y doctrinas, pues aunq temo q no sé aprouecharme dellas, espero de la misericordiadivina q mehan de ayudar mucho para loque mas me importa, para loqual procurare valermela virtud dela caridad (como me aconsejais) porq si yo acertase á amar á Dios como desseo, es cierto que no le offenderia, conq nada me podriasu-ceder mal noser contrario ningun successo, ayudadme Sor Maria á conseguir tanto bien, q yo solo nome atrebo, y aunq demi parte procurare cooperar; temo q me lo impida mi flaqueza y misculpas; de Cataluña no ay nada de nuevo, procuramos (enmedio de la estrechez enq está todo) asistir á aquella parte lomas q esposible. deFlandes se escribe con los mismos temores, y aun temen al gun aluoroto general enlos pueblos, q seria lavltima ruina de aquellos estados, esto me causa elgrauue cuydado q podeis juzgar, y acrecientamele elno poder asistirlos como conuiera, aunque setrauaia incesantemente enello, pero solo Dioses quienlo á de remediar, como lo espero ensu misericordia, yos encargo selo supliqueis con particular feruor. deItalia no ay mas nouedad q lamuerte del Papa, encargosq hagais particular oracion para q elsucessor sea apropósito para el bien dela Iglesia, q siendo assi, es ciertolo sera para mis intereses á Dios gracias nos hallamos consalud, y estos dias ocupados en asistir á los sermones y officios dequaresma, permita su diuina Md. q sepamos aprouecharnos dellos, pedidselo assi; y q nos ayude entodo loq necesimos desuanparar, y nos oluideis de la sucession desta Monarquía q os confieso es unade las cosas q mayor cuydado medá, pero sienpre estoy resignado en la voluntad de Nro señor. de Madrid á 3de Marzo 1655—yo ElRey.

II.

Señor

Poderosa es la voluntad encaminada por la caridad pues hace leyes mas Heficazes que las Naturales propio es á la criatura Racional sentir suspenas y por ellas olvidar las ajenas y la experiencia me enseña se pueden sentirmas las De los proximos las De la vMd. diuiden mi corazon De dolor y puedo asegurar yngenuamente fuera mas tolerable Para mi padecer todo lo q affije á vMd. que mirarlo con la amargura y compassion q lo considero y pondero y comoño me es posible dar á vMd. elalibio q desseo crece mi Dolor y me conpele á mas y mas clamar al Señor y Pedirle use de Misericordia con vMd. eneste valle de lagrimas son forcosos los trabajos el fruto mas cierto deste destierro donde no se halla alibio la tierra produce yerva's plantas y arboles sustenta ganados Da me tales Piedras preciosas y grande variedad de Mantenimientos y cosas necesarias para el uso humano pero descansso no se halla enella ni el fruto del consuelo secode, ay titulos de emperadores Reyes y principes pero no descansso, el Mundo Da con grandes tristecas Algun pequeño con suelo fingida á triaca con mortal beneno engañosa dulcura con abundante amargura mezcla contento condís gustos placeres con sobresaltos y todo es vn cerco de desventuras, estando los Hijos de Job comiendocayo sobrellos lacassa, y los mato quedaronalli sepultados y en vn mismo Día fuecassa, Mesa y sepulcro, fiesta, banquete y tristeca, entan breve tienpo sehalla Job Prospero y desbalido Rico y Pobre con Hijos vibos y Muertos yestas ynpetuosas olas le aRojaron a, tan fe liz Puerto dede sengano q dio gracias Al Altissimo y dixo dios me lo Dio y quito agase suvoluntad q Palabras tan dulces y sonoras para la aceptacion Divina allaron franca entrada enel tribunalde la Beatissima trinidad y merecieron, Para Job, titulo de Paciente y Justo dice la escritura q no ofendio á dios con sus labios, las tribulaciones hacen santos y los gustos precipitan al vicio la prosperidad, es destruydora de la vitud y grandioso triunfo luchar con ella y despreciarla, san agustin dice q la prosperidad esmas Peligrosa Paraelalma q la adbersidad Para el cuerpo porq la fortuna terrena dibierte al alma lavicia yace olvidadica de sus Postrimerias y de lo q debe á dios y La tribulacion affije al cuerpo con que se duele deltrabajo secon prime y modera en sus Pasiones señor Mio carissimo si el padecer es forcoso y tan vtil y pro

bechoro yno ay Mayor trabajo q el mal llevado prudencia christiana es tolerar y sufrir lo queno se puede excusar, Para los trabajos es necesario animo grande y intrepido fundado sobre la firme Piedra qes christo con q avn quelq Padece ssea a tribulado no sera bencido, a siendo se al sufrimiento lo quemas y elustra la gloria de la virtud es el padecer señor Mio soy criatura limitada quiero y no Puedo álibiar avMd, desseo su con suelo y no lo consigo y biendome ynu tilPara todo busca mi ignorancia algunas do trinas q Puedanalentar a vMd, y el affecto se adelanta perdona vMd, estas ossadias y Mire alcoracon enque cono ceravMd, mas que manifiestan mis Racones, Alegrome q enca talunca no ayanobedad ydequese prebenga segun las fuerças Alcancaren la campaña futura que aciendo de nra Parte lo Possible y no Pudiendomas nosade ayudar la divina providencia Pues es causa suya. el mal estado q tienen las cosas de flandes y elalboroto q seRecelan mean contristado ynoestraño su cuydado de vMd, siño que me lastimo y con padezco del, causa grabeesta y como tal trabajare Porella postrare ante el seryn mutable deDios llorar y clamare Pedire asu Magestad coneonato apartede nosotros el acote q merecen nros Pecados y q Remedie daños tan orrendos como nos amenacan fielsere en obedecer y a yudar avMd, segunmi Pobreza y ynstare Denuebo la sucession y con Racones lo q mas siente vMd, que falte pues siel Altissimonoscastigase tan severamente avia Mucho q hacer Pero no es Racon dessistamos nide Jemos De pues el ser causa tangrabe y del bien comun adealantar nras esperancas y a vibar la fe amas desto mecon pele á traba Jar Poreste fin ser perteneciente a vMd, a quien tantoamo y es timo, ame edificado yen ternecido elcatolico y christianissimo desseo q vMd, tienedeque el todo poderossonos de Pontífice qualnecessita el estado de la Iglesia santa y q las conbinencias propias las tie vMd, y asegure en este acierto obedecere á vMd, y con todas beras y affecto Pedirencamineestaleccion al Remedio de tantos males como hemos en los siglos presentes aumentos de la christiandad y Amparo, con suelo y asistencia de vMd, en sus trabajos q siel Pon tífice Pusiesse el hom bro a ellos se suabiciaria la carga de vMd, y aumentaria su corona prosperela el Altissimo y megde a vMd, felices años en la concepcion descalcada agrede 15 de Marco 1655—ve sa llaman de vMd, sumenor sierba—sor Maria de Jesus.

La primera mencion histórica de España.

Las noticias históricas mas antiguas de nuestra patria nos fueron trasmitidas por los escritores griegos y romanos. De aquellos es el primero, *Escila de Cariando*, pueblo de Carra, anterior á Herodoto, pues que vivia 522 años antes de Jesucristo, en tiempo que reinaba en Persia Darío, hijo de Histaspes. Habiendo navegado por el Mediterraneo, visitó las costas occidentales de Africa, de la Bética, de la provincia que llamaron los romanos Tarraconense, y escribió un *Periplo* ó relacion de su viaje. El muy curioso fragmento en que habla de España, y donde por la vez primera se menciona esta con el nombre de *Iberia*, es el que insertamos á continuacion.

N. C. C.

«Los primeros pueblos de Europa que se encuentran, son los *Iberos*, nacion indigena, cuyo territorio está cruzado por el rio Ebro.—Allí se ven dos islas que tienen el nombre de Gades (1); en la una hay un pueblo á una jornada de las columnas de Hércules.—Tambien hay una ciudad griega llamada Emporio (2), poblada por una colonia de Masaliotas.—Las costas de *Iberia* componen una navegacion de siete dias con sus noches. Después de los *Iberos* estan los *Liguros*, cuya poblacion está mezclada con la primitiva, y se estienden hasta el Ródano.»

NUNCA.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

A LUIS DE EGUILAZ Y DIEGO LUQUE,

en prueba de cariño, el autor.

(Aprobada por el censor.)

I.

INÉS.

Inés vive sola con su madre: su padre murió mandando un regimiento en la guerra de la Independencia, dejándoles su sueldo y una casa en un pueblo á corta distancia de la capital de las Españas. Inés,

(1) Es hoy Cádiz.

(2) Ampurias.

como hija mimada y sin padre, es el encanto de su madre: sus caprichos mas pequeños son leyes para Doña Manuela, que se complace en ver á su hija contenta y satisfecha.

Inés, como criada en el campo, es robusta, suelta y ágil; tiene unos ojos como dos luceros, un pelo como azabache, y un cuerpo, que aunque nunca ha estado en prensa, puede competir con el de la dama mas remilgada; su alma es sensible, y su corazón está aun virgen de amores.

Agrádala mucho correr por el campo y tener jardín donde cultivar unas cuantas flores: es franca y jovial; siempre se la halla de buen humor, y siempre dispuesta á complacer; juega como una niña, salta y corre por el jardín como si tuviera ocho años, y su madre es feliz viendo-la tan sencilla y tan cándida.

Su alma está virgen de emociones, aun de amores, la mas pura de ellas y la primera que se desarrolla. Nunca le ha preguntado al espejo si era bonita; nunca se ha mirado en el arroyo para ver si era mas guapa que alguna de sus amigas; nunca ha pensado en jóvenes de empinado bigote y airoso talle; nadie la ha dicho nunca ninguna de esas palabras que se dicen por lo bajo y con emoción.

Su vida pasa alegre y silenciosa, como se pasan las flores del campo, tan parecidas á las niñas bonitas; como se desliza el agua de un arroyo; como los pájaros que cantan en los frondosos árboles de su jardín.

Feliz la pobre Inés, que no ha sentido aun las tristes palpitaciones que se cuentan; que no ha visto aun correr por sus mejillas las lágrimas que dejan huella; que no ha pasado las largas y fatigosas noches del insomnio, en que todo lo tétrico y desconsolador se presenta á nuestros ojos.

¡Para ella, las pasiones del mundo no son nada, no las conoce! Sus alegrías consisten en ver cubrirse de flores sus rosales, ver abrirse sus jazmines y sus primaveras, y esperar las delicadas y sonrosadas flores del almendro, que han de traer en pos de sí las serenas mañanas de la primavera y los alegres días en que el sol abre un mundo de flores y de insectos.

Conoce uno por uno todos los árboles de su jardín; podría decir cuántos capullos tiene cada planta, y no ignora dónde hace su nido cada pájaro de los que trinan entre las arboledas.

Todos los misterios sencillos de la naturaleza le son conocidos; ha visto muchas veces la gradación de los colores de las nubes cuando empieza á amanecer, y cuando el sol se oculta en el lejano horizonte.

Sabe qué flores son las de cada estación, en qué días vienen las golondrinas, cuándo empiezan á trinar los ruiseñores, y en qué estación los negros cuervos y las chillonas cornejas se reúnen en bandadas y se ciernen en el espacio.

En pago ignora qué es el mundo; no sabe nada de sus pasiones ni de sus lágrimas; vive feliz; todo le sonríe; su madre la ama; ¿qué mas puede apetecer si no conoce otro amor?

II.

LO QUE BLAS VEIA DESDE UN ARBOL.

No le pasaba eso á Blas, el hijo del jardinero: este, en vez de cuidar de las flores, de los árboles y de las estaciones, pensaba en Inés, que vivía al lado de su jardín, y maldecía la tapia que los separaba, y el haber nacido él jardinero y ella señorita.

Todo el día se le pasaba en meditaciones amorosas, que empezaban por nublar su faz, que después le entristecían, y que acababan por desesperarle, haciéndole hasta tirarse del pelo.

En una de estas meditaciones está ahora: subido sobre un árbol (creo que era un cerezo) que crecía al lado de la tapia que separaba las dos posesiones, contempla con ávidos é inquietos ojos el jardín de su vecina.

Es la hora crítica á la que suele bajar ella al jardín á hacer el exámen de sus plantas y de sus flores; por eso la espera Blas con impaciencia.

Miraba y miraba, pero nada veía.

Solo el jardín, que continuaba como siempre tranquilo y silencioso.

Blas vió una mariposa que pasó la tapia, y se fué á posar en un alelí; y desdó ser mariposa y ser alelí, y odió su humilde condición de jardinero, que no le permitía decidida y desembarazadamente presentarse á Doña Manuela y pedir la mano de su hija... y se le humedecieron los ojos.

Y el jardín seguía silencioso.

Blas meditaba y se desesperaba, porque Inés, la bella Inés, no bajaba.

Un pájaro pasó la tapia y se fué á posar en un espino que dominaba en el jardín, y Blas formó los mismos insensatos deseos que cuando la mariposa se posó en la flor.

Y el pájaro voló á la barandilla del balcón, y Blas se estremeció:

entonces hubiera dado todo por ser pájaro, hasta su chaqueta de terciopelo que se ponía los domingos para ir á misa cuando Inés, y que era la envidia de los demás aldeanos.

Una puerta de la casa se abrió: Inés salió al jardín; á Blas se le apretó el corazón; se quedó sin movimiento, y se volvió todo ojos: ella siguió como de costumbre arreglando las flores y regando las que necesitaban agua.

Blas bendijo en su interior al árbol (creo que ya he dicho que era un cerezo) que tan bien situado se hallaba, y que tan bien le permitía ver sin ser visto.

¡Y qué bonita estaba Inés!... De vez en cuando cantaba, y el amante oculto aplicaba los oídos para percibir las palabras de su canción; pero no llegaban hasta él.

Una mariposa de esmaltados colores cruzó por delante de Inés: ella soltó la regadera que llevaba en una mano, y se puso á perseguirla; la mariposa en su vuelo incierto y caprichoso burlaba la ligereza de la niña, y aumentaba sus deseos de cogerla; pero pasó la tapia por encima del árbol en que estaba Blas; Inés la vió desaparecer, y volvió á regar las flores.

Blas se puso furioso contra la mariposa, y sintió que Inés no reparara en él.

Inés acabó su trabajo diario de jardín, y poco á poco cantando y corriendo llegó hasta la puerta de su casa; se paró un rato como pensativa... Blas, que había empezado á bajar del árbol, se paró, la miró con ansiedad, y se desesperó porque no adivinaba lo que Inés pensaba en aquel momento.

Corto fué este, porque Inés vaciló un rato y se entró en su casa cerrando la puerta.

Blas se bajó del árbol triste y cabizbajo, y se retiró hácia su trabajo diciéndose á sí mismo: Es inútil... es una locura... ni pensarlo... nunca...

III.

UN DOMINGO.

Sonaba la campana, ó mejor dicho, el esquilon de la iglesia del pueblo, y Blas que lo había oído se encaminaba presuroso hácia el templo; como en todos los pueblos, y mucho mas en el campo, no se celebraba en aquella iglesia mas que una misa; así es que esta era el punto de reunión de los mozos del pueblo, que acudían á ver á las aldeanas y á las señoritas con los trajes de gala y los atavíos de días de fiesta.

Está la iglesia del pueblo á que nos referimos situada en medio de una senda cubierta á los dos lados de esos matorrales toscos y salvajes que colocan los aldeanos para imposibilitar la entrada á sus viñas y tierras: en ellos crecen las plantas mas incultas, pero que como obra de la naturaleza tienen tambien su poesía; mézclanse las enredadas y vigorosas zarzas, de flores moradas y de negra fruta, á las cambromeras que se cubren en la primavera de menudas florecillas como estrellas, y á los rosales silvestres, tan parecidos á las mujeres, puesto que además de tener espinas, son sus rosas bonitas en capullos, y luego cuando se abren no tienen mas que cuatro hojas.

Rodean á la iglesia algunos nogales de lustrosas hojas y acacias de perfumadas flores; forman el fondo del cuadro los cipreses del cementerio que se estiende detrás de ella.

Blas llegó al primer toque: así que, tuvo tiempo de esperar á su adorado tormento y de verla llegar.

Efectivamente, Inés llegó al poco tiempo, y Blas, que sintió que se le arrebatara la sangre al verla, creyó mas prudente esconderse detrás de las zarzas para no ser visto, temiendo que le vendiera su encendido color, y que ella se sospechara lo que él tenía tanta gana de que supiera.

Por muy listo que fué, y por muy disimuladamente que efectuó su retirada, no lo hizo tan bien que no notarán los demás que allí estaban su movimiento repentino; y al verle agachado como una liebre, cada uno formó distinto comentario; pero sin atinar ninguno la causa, puesto que entre ellos era hasta locura siquiera imaginar que un aldeano pudiera enamorarse de la señorita Inés.

Blas sin embargo seguía agachado, y cuando la linda jóven pasó por delante de él, sintió que las piernas le temblaban y que el corazón le latía con violencia: la siguió con la vista, y apenas la vió entrar en la iglesia, salió de su madriguera colorado como la grana, muy turbado, sin saber si entrar detrás de ella, ó esperar por los alrededores la conclusión de la misa para volver á su escondite; al fin triunfó en él la primera idea, y se encaminó á la iglesia, donde entró, colocándose el último de todos; desde allí, alargando la cabeza y el cuello cuanto podía, logró verla de rodillas oyendo misa con suma atención; volvió á agolpársele la sangre á la cabeza, y volvió á sentir las duras y repetidas palpitaciones de su corazón que le volvían á decir:—Mírala qué bonita!... átrévete... porque la fortuna protege á los audaces.

Blas sin embargo no se atrevía; la miraba, y se contentaba con forjarse sueños de placer y ventura y en halagar su mente con ideas irrealizables.

Antes que salieran del templo, Blas echó á correr y volvió á su escondite, desde donde la vió pasar; pero como el amor no está nunca satisfecho, Blas corrió de nuevo, atravesando campos y sembrados como un loco, para poder volverla á ver antes que entrara en su casa.

Y la vió, y se le figuró que estaba mas hermosa que nunca; y la pasión que al principio fué en él una chispa, fué tomando proporciones gigantescas. ¡Con qué ansiedad la miraba! Hubiera querido en aquel momento tener los cien ojos de Argos, para no perder la mas pequeña partícula de la belleza de aquella mujer que le hacía padecer de noche tristes y tenebrosos insomnios, á él que se alababa como buen campesino de dormir doce horas de un sueño, aun cuando fuera de pié; pero como habían cambiado las cosas! ya no podía dormir, porque soñaba con ella; no podía trabajar, porque su cabeza no pensaba en lo que hacía, y solo pensaba en Inés; no acertaba ya con las flores como en otro tiempo, y se desesperaba al ver que sus plantas no valían lo que antes.

Una nube de tristeza cubrió sus ojos al ver á Inés entrar en su casa, cerrar la puerta y desaparecer á su vista: entonces, mustio y cabizbajo, se fué á sentar á la sombra de un árbol, y se entregó á sus tristes pensamientos.

IV.

MEDITACIONES.

Blas meditaba. Veía pasar ante sus ojos la risueña imagen de Inés, y sus labios se sonreían sin que él lo supiera. Triste y meditando, se entretenía en ver pasar las olas del arroyuelo á cuyo borde estaba sentado, y se estremecía, creyendo que el agua le iba á traer envuelto en uno de sus pliegues el rostro de la mujer á quien amaba; y miraba con suma atención al agua, y solo de vez en cuando veía pasar alguna rama seca ó alguna flor tronchada: entonces volvía á razón, y se decía á sí mismo: «no me quiere, porque no viene.»

Sus ojos, que se quedaban fijos en el agua, iban perdiendo poco á poco la facilidad de distinguir los objetos; y como si una nube sombría los cubriera, acababa por no saber lo que miraba, ó mejor dicho, miraba sin ver; entonces su espíritu extendía las alas, y volvía á recordar el sitio donde había visto á Inés, el traje que llevaba puesto, el color que animaba su rostro, y esa sonrisa semi-coqueta semi-burlona que adornaba los labios de las muchachas.

Si yo poseyera todos esos tesoros, se decía el pobre Blas; si esa cara tan linda y tan expresiva fuera mía; si yo lograra una sola de sus miradas, ¡qué felicidad tan grande y tan envidiable, qué tranquilidad tendría mi alma! y un estremecimiento vago recorría su cuerpo.

Si esa mujer que hace palpar mi corazón de ese modo tan extraño fuera mía; si yo la viera unida á mí para siempre, para ser la compañera de mis días, ¿quién había de igualarme? y sus ojos se humedecían sin que él lo notara.

Esa mujer, continuaba pensando Blas, no puede menos de ser mía; yo la amo mucho, y algun día conocerá que el cariño no atiende á las clases, sino á las pasiones; y cuando vea que Blas ha pensado en ella día y noche, ¿qué ha de hacer sino recompensar mi pasión con la suya?

Una rana que asomó la cabeza por entre los juncos y plantas del arroyo, empezó á graznar desaforadamente. Blas, pensativo y preocupado, creyó que era un aviso, que sus sueños eran locura, y agarrando una piedra, la arrojó al agua; la rana no tardó en saltar al oír el ruido, y Blas volvió á entregarse á sus meditaciones.

Esa mujer, esa mujer, pensaba, de quien ya nada me pudiera separar, que con la sonrisa en los labios y la tranquilidad en el corazón me recibiría siempre alegre, saldría al montecito á verme venir, y me haría señas con su pañuelo, me abrazaría á mí llegada, y juntos pasearíamos bajo las acacias en flor, respirando su perfume hasta que fuéramos á comer bajo el emparrado, entre el cántico de los pájaros y la frescura de la tarde; juntos volveríamos á dar nuestra despedida al campo, á la luz del crepúsculo, y reposaríamos hasta que el arrullo de las palomas y el canto del gallo nos anunciáran el amanecer. ¿Y por qué he de renunciar yo á estas delicias tan puras y tan completas? ¿Por qué, puesto que siento que Inés me hace falta para vivir, no he de tener yo esperanza de que será mía?... Ha de ser ella, tan cándida y tan pura, una de esas mujeres que lo sacrifican todo al dinero!... No ha de tener en su alma otros sentimientos que la ambición! No, no debo pensarlo; es demasiado bonita, demasiado amable, para ocultar sentimientos tan en contradicción con su cara.

Mi padre me ha dicho muchas veces que la cara es el espejo del alma; y siendo Inés tan guapa, no puede menos de tener un corazón como el mío. A ella le gustan las flores, yo las cultivo también; y aunque mis manos estén ásperas de manejar los instrumentos de mi

profesión, no me despreciará por eso; me querrá mas, puesto que se han endurecido cuidando las mismas plantas que ella, cultivando las flores que tanto le agradan, y que son sus únicos encantos, sus mayores alegrías.

Si, estoy seguro que Inés me querrá en cuanto la diga lo que la amo, lo que pienso en ella noche y día; pero ah! mi fortuna es escasa, mi porvenir no es brillante como el suyo, y ya que no ella, su madre me rechazará, no querrá que la pueda llamar mía, y seré toda mi vida desgraciado!

Y Blas comenzó á llorar tristemente, mirando al través del iris de las lágrimas, los círculos que formaban al caer en el arroyo, y que pequeños al principio, se multiplicaban y se ensanchaban hasta perderse entre las orillas cubiertas de flores y de musgo.

Así son siempre nuestras ilusiones; el mas pequeño motivo produce en nuestra alma un círculo sensible, que va produciendo otros, que poco á poco se ensanchan y se hacen gigantescos, hasta deshacerse en las tristes orillas de la realidad. Y el alma que los ha visto formarse y crecer, que conoce cuál es su origen, y que podría prever su fin, los acoge con cariño y los ama con delirio para fomentarlos y entristecerse cuando se deshacen, siendo tan natural su muerte.

Blas enjugó sus lágrimas, al pensar que de nada le servía el llanto, y que era preciso obrar y con resolución y presteza.

Apenas pensó y recapacitó un poco, se le ocurrió presentarse á Inés para decirle lo que la amaba; ella le correspondería; vivirían unos días en esa inmensidad sin límites del amor correspondido, hasta que fuera á presentarse á la madre; allí se arrojaría á sus pies, pondría lágrimas el amor que la profesaba, la muerte de su alma si se la arrancaban de su lado; Inés le acompañaría, afirmaría lo que él dijera, y la madre no podría menos de enternecerse; al ver dos corazones tan unidos, no se atrevería á separarlos, y allí mismo daría su consentimiento gozosa y feliz, previendo la dicha de sus últimos días, al ver dos seres tan íntimamente unidos, tan admirablemente enlazados.

La rana volvió á sacar la cabeza, dió un graznido, y calló. Blas se levantó y se puso furioso contra aquel inocente animalito, que le recordaba á la vida real, y que le hacía verse, no el marido dichoso de Inés, sino el tosco y humilde jardinero Blas.

Entonces pensó consultar con el domine su proyecto: el maestro de escuela, que tanto quería á su padre, le daría consejos, y él sería feliz, porque se presentaría de un modo suelto y desembarazado ante Inés y su madre; sabiendo qué había de decirles para convencerlas, dado caso de que á las primeras palabras no accedieran á lo que él de tan buen corazón y tan naturalmente solicitaba.

V.

EL DÓMINE.

Blas, después de haberlo meditado mucho á solas con su imaginación, no encontró medio mas conveniente para poner fin á sus penas y tormentos, que presentarse en casa del domine, pintarle su situación crítica y horrible, y acabar implorando sus sanos y profundos consejos.

Y efectivamente, lo hizo tal como lo pensó.

A la mañana siguiente, antes de que los chicos entráran en la escuela, á la hora en que el domine cortaba plumas y preparaba muestras, Blas, aprovechando una ausencia de su padre, se presentó en casa del que le había enseñado á leer y escribir cuando era niño.

Blas tenía en esta época diez y nueve años.

Podía ya ahora muy bien hacer un retrato de alguno de los infinitos maestros de escuela que en lo que llevo de vida he conocido, y dar una idea al daguerreotipo del dignísimo domine de la aldea á quien fué á consultar nuestro héroe; pero como no creo oportuno ni necesario á mi historia el que el domine sea moreno ó rubio, de escasa ó elevada estatura, prefiero pasar por alto su descripción, y dejar á tu capricho, lector sapientísimo, el que te figures al individuo en cuestión; indudablemente, puesto que lees mi historia, habrás tenido maestro de lectura y te le fraguarás á tu modo.

Hecha esta salvedad, que aunque muchos no crean necesaria, yo tal la considero, sin que me convenga dar la razón, paso á la conversacion que nuestros dos héroes tenían en la sala de la escuela.

—No le estrañe á V., D. Eusebio, verme aquí tan de mañana, decía Blas; yo sé que V. me quiere como si fuera su hijo, y no he vacilado en presentarme á V. para que me ayude á salir de la situación en que me encuentro.

—Habla, Blas; ¿qué te ocurre? preguntó D. Eusebio con malicia burlona mezclada de curiosidad.

—Es el caso, dijo Blas con cierto rubor, que ya tengo diez y nueve años y que pronto hago los veinte.

—*Etas aurea*, murmuró D. Eusebio.

—Y que á los diez y nueve años siento uno en el corazón otra cosa que sentía cuando era mas niño.

—Si no te esplicas *non intelligo*, dijo el dómine con tono enfático y magistral.

—Pues si señor, como iba diciendo, á mí que me gustaba tanto correr tras de las mariposas del jardín; á mí que me encantaba buscar los nidos de los pájaros, y cuidar de las flores, todo eso me cansa ahora, y siento que mi corazón desea otra cosa.

—Blas, Blas, dijo el maestro, tú estás enamorado.

—Puesto que V. lo ha adivinado, no quiero negarlo; yo tengo una pasión grande por una mujer que creo que no me corresponde; pienso en ella todo el día, y mi padre me regaña porque no trabajo; pienso en ella toda la noche, y no puedo pegar los ojos; la veo, y mi corazón palpita, y haga lo que haga, no vuelvo á pensar en ello; en una palabra, no puedo trabajar porque está continuamente delante de mi vista, y me desespero, y lloro, y soy muy desgraciado.

—Pues bien, veamos: ¿qué fines son los tuyos? es decir, ¿qué piensas de ella?

—Eso es casualmente lo que quiero que V. me diga; yo la quiero; no sé si ella me quiere, y eso me desespera. V. que sabe tanto, quizás encuentre un medio para que yo pueda decirle que me gusta, que la quiero, y que ella debe quererme; si V. le encuentra, me hace V. feliz, me ahorra V. llorar continuamente y pasar una vida triste y aburrida.

—¿Tu padre lo sabe? preguntó D. Eusebio con su tono enfático y magistral.

—No señor, no sabe nada...

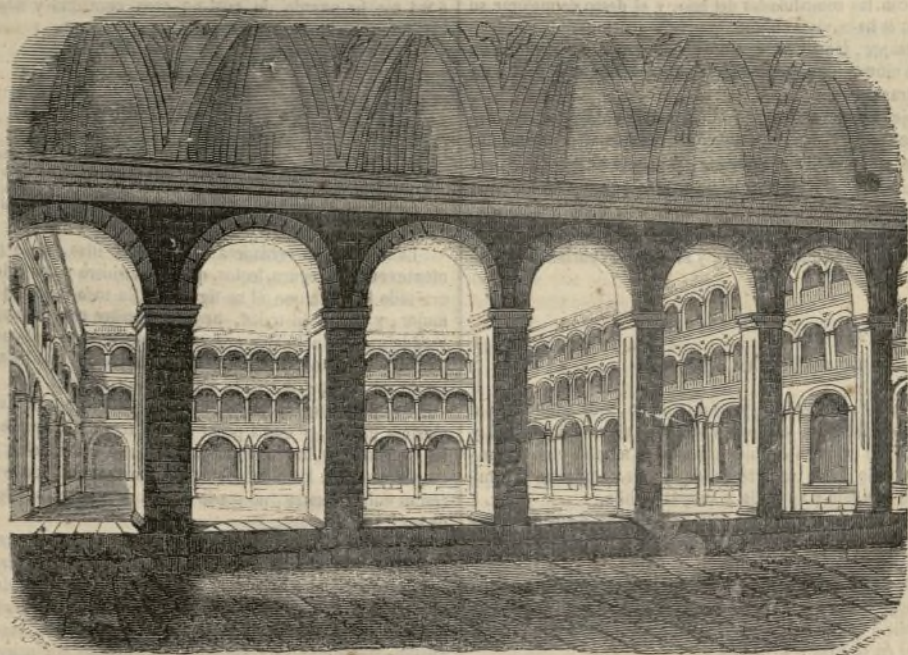
—Entonces, Blas, renuncia á ella.

—Pero, señor maestro...

—Blas, fíate en mi experiencia; el amor no debe entrar en nuestro pecho *in pectore*, que hubiera dicho Horacio, sino después de una convicción moral; tú no puedes tenerla á tu edad; olvídala, verás cómo vuelves á tus trabajos con gusto; los primeros días te será duro; pero poco á poco irás olvidándola, y al fin te acostumbrarás á ello; la costumbre es una segunda naturaleza: y en fin, ¿quién es esa mujer?

—Es un secreto, dijo Blas muy decidido; no lo puedo decir.

—Entonces.... te conviene mucho menos, porque es señal de que algún motivo recóndito te impide descubrirselo á tu maestro que tanto te quiere. Conque créeme, Blas, no te conviene esa mujer que es para mí *deus ignota*; deja de pensar en ella y medita lo menos posible; de las meditaciones de esa especie no se puede sacar nada bueno y si mucho malo: á tí no te convienen amores; déjate de esas cosas; piensa en tu jardín, y evita los sueños á la sombra de los árboles *recubans sub tegmine fagi* que ha dicho Virgilio, y de los que solo se sacan malos ratos; créelo, Blas; la ciencia lleva á los pensamientos, y es mucho



(Claustro del ex-monasterio de Santa María de Bagedo de Candepajares.)

mejor no pensar; se ahorra uno muchos disgustos; por eso sois mas felices los aldeanos que nosotros los hombres de ciencias; porque el estudio y la civilización no han desarrollado en vuestra cabeza esos tristes pensamientos que son nuestra desesperación, y que causan nuestra ruina física y moral.

Blas miraba á D. Eusebio con cara espantada, porque empezaba á no comprender ni una sola palabra de lo que decía.

Al fin, y después de haberle dado palabra de no ocuparse mas de semejante mujer, se retiró mucho mas triste que cuando había ido, y sin haber sacado nada en limpio de toda aquella gerigonza que el culto y sapiente maestro le había dicho.

Blas, meditando por el camino, creyó que el maestro no había estado cuerdo, y se convenció mas eficazmente de la necesidad que existía para él de decir algo á Inés; porque si no, iba á estar toda su vida sufriendo á pesar de la perorata brillante y de las magníficas razones que el maestro alegaba para probarle que sería mucho mas feliz no pensando en ello, porque los pensamientos enjendran los dolores del alma, y que por consiguiente es mas feliz el menos instruido.

Blas no estaba enteramente conforme con estas ideas.

VI.

BLAS TENIA RAZON.

El placer es un olvido.

Emilio Deschamps.

Indudablemente, Blas tenia razon al no estar enteramente conforme con las doctrinas y teorías de su antiguo maestro, y al verse con lágrimas en los ojos, se preguntaba á si mismo cómo un señor que tanto sabia y que tan acostumbrado estaba á tratar con los aldeanos, podia haber dicho que no son desgraciados moralmente los que carecen de instrucción, los que se hallan en medio de la naturaleza ocupados en labores campestres, que á juicio de los que habitan las ciudades son tan distraídas que no dejan tiempo para pensar en las penas. Segun estos, no caben los padecimientos morales en las personas toscas é incultas.

Magnífica utopia, escrita en medio del fastidio que dan las comodidades sibaríticas, ó en medio de la duda y del vacío horrible que dan las ciencias.

El que se halla encerrado entre cuatro paredes con el corazón herido y el pecho ahogado en sollozos y suspiros, anhela un espacio ancho y desahogado para respirar con facilidad; en medio de sus meditaciones ve el sol brillante, oye el cántico tranquilo y sosegado de las aves libres, y suspira por el campo; se fragua en su cabeza mil sueños de oro que no se pueden realizar en la vida que lleva, y cree firmemente que el cambio de esta le hará experimentar una sensación de placer que desconoce, y envidia al aldeano que con la frente tostada por el sol canta al guiar á su casa sus tardos y perezosos ganados: para esos la vida feliz y risueña está en la naturaleza, está en el campo, y envidian á los campesinos, á quienes creen felices y dichosos porque no piensan.

Y sin embargo, el campesino sufre; y en medio de sus cánticos que envidia el poderoso, hay una nota de dolor y de pena; canta, pero canta como el ave prisionera un lamento á su desgracia; un lamento á su vida monótona y sombría.

La naturaleza no puede prestarle consuelo, porque la está viendo desde que ha nacido, y tiene tal costumbre de asociarla á sus padecimientos, que cuando va á pedirle un consuelo en medio de los azares tristes de su vida, no se le presta; su mundo es el pequeño horizonte que se descubre ante sus ojos. Las hojas pomposas y galanas que adornan las arboledas se marchitan con el otoño; y caen por el suelo á las primeras heladas de noviembre luego de aquel verdor y de aquella lozanía, quedan los árboles secos y desnudos como esqueletos en los que el viento se rasga y gime.

Entonces el campesino que sufre las heladas y que padece, cree feliz al que vive con las comodidades del lujo, y el deseo de mejorar su penosa situación le hace vivir en una desgracia continua.

Así pasa siempre, las penas, por muy vulgar que sea esta frase, son muchas, los momentos de placer son cortos, y al fin el placer es un olvido de nuestras penas.

Todos los objetos que nos rodean son tristes; la naturaleza es horrible para el que sufre, porque su monotonía convida al pensamiento; y el hombre que no ve nunca el presente, ó anhela un porvenir que cree feliz, ó sueña con los recuerdos de un pasado que al comparar con su situación le hacen envidiar aquellos y creer esta mala y sombría. Por eso Blas recordaba la época feliz en que el amor no había herido su alma, y suspiraba por aquella época, y sus ojos se cubrían de lágrimas y su corazón de luto.

VII.

UN TERCERO EN DISCORDIA.

Blas seguía triste, enamorado y meditabundo, tres situaciones á cual mas comprometidas, y su desdenosa Inés, alegre, juguetona y sin cuidados, cuando un acontecimiento bastante notable vino á cambiar la faz de la casa, y la monotonía de la vida campestre y tranquila que hacían la vida y su linda y simpática hija.

Una mañana, cuando aun esta se hallaba dedicada á sus cotidianos quehaceres en el jardín, oyó pasos detrás de sí, y quedó sorprendida al ver en su presencia á su primo.

Después de los saludos de rigor, y de enterarse mutuamente de la salud de sus respectivas familias, Inés tomó de la mano á su primo para presentárselo á su madre, que como ella, no pudo menos de sorprenderse al ver en su casa á Federico.

—¿Qué te trae por aquí? le preguntó Doña Manuela, después de enterarse como su hija de la salud de la familia de Federico.

—Venir á pasar unos días con Vds.; estaba ya aburrido de la corte, harto de paseos, de bailes y de jaranas, y me acordé que aquí tenía una tía tan amable y una prima tan cariñosa y tan linda, que me recibirían con el mayor agrado, y aquí me tiene V.; pero entre paréntesis, Inés, estás hecha una buena moza, me gustas mucho. Inés contestó á esta galantería tan vulgar en el gran mundo con una sonrisa, que la hizo ponerse mucho mas linda.

Haremos gracia á nuestros lectores de la conversacion que tuvo lugar entre nuestros tres personajes, y adelantaremos mas la escena, puesto que nadie se opone á este nuestro capricho.

La venida de Federico cambió completamente el aspecto de la casa de campo, porque de genio alegre, y aun algun tanto calavera, hacía pasear á Inés por todo el campo, se burlaba de los toscos campesinos, montaba á menudo á caballo, y cazaba con estrépito y algazara.

Inés, que veía á su alrededor un nuevo género de vida, fué poco á poco cobrando afición á su primo, y le acompañaba por todas partes, riéndose como una loca de sus gracias, y olvidando hasta sus flores, oyéndole hacer descripciones de los bailes y de los teatros de la corte.

Doña Manuela, que mas de una vez en sus sueños de madre había visto en lontananza á Federico, cuando había pensado colocar á su hija, veía con gusto la afición que parecían demostrarse, y procuraba fomentar en todo lo posible, aunque no abiertamente, la buena ar-

monía que reinaba entre los dos primos, aplaudiéndoles y acompañándoles á sus escursiones, y riéndose tambien de vez en cuando de los chistes y gracias de Federico.

Tambien le había tocado la china, como suele decirse (y sin que yo sepa por qué) á Blas; había visto desde su observatorio amoroso la fatal entrada del primo, y desde que le vió no le hizo mucha gracia, porque vestía con elegancia, traía empinado bigote, y lucía lustrada y rubia cabellera. Se miró él á sí mismo, y con la rapidez del rayo se convenció al hacer la comparacion de que ya su pleito estaba perdido, y que esta llegada fatídica venía á destruir la poca y raquítica esperanza que le quedaba.

Y Blas, como le sucedía casi siempre, tenía razon; aquella mujer en quien él se había atrevido á poner su pensamiento, no podía quererle; él no reunía ninguna de las condiciones que necesita el que ha de enamorar; si se hubiera contentado con alguna de las jardineras ó aldeanas de las casas inmediatas, hubiera visto su amor satisfecho; pero al ponerle en Inés fué atrevimiento y locura; tanto, que ella no había sentido impresion ninguna al hablarle á él, pobre jardinero, y notaba sin embargo una cosa inusitada cuando estaba al lado de su primo.

El amor debe ser como esas plantas que brotan sin que el jardinero las haya sembrado; existe en la tierra la semilla sin que nadie pueda decir: yo la he plantado; pero que al primer calor de la primavera brota y da flores: puede tambien que yo me equivoque, porque nada tendria de particular al tratar de mujeres, y únicamente podria contar lo que á mí me ha pasado, lo cual no creo oportuno y necesario; por lo que pongo punto y hago capítulo aparte.

VIII.

¡MUJERES!!!

Se habla mal de las mujeres por la misma razon que no se tiran piedras mas que á los árboles cargados de fruta.

Adolfo Ricard.

La grande, la verdadera desgracia de Blas, si se considera friamente como te aseguro, lector, que la considero yo en este momento, no era todo lo triste que él se figuraba. En todo lance en que ande una mujer, y andan en todos, tiene el hombre que desesperarse, rabiar y padecer; es indudable que son malos bichos, y tienes un ejemplo palpable en el pobre Blas, que sufría mucho, y que hasta se hacía filósofo de resultados del trato imaginario con Inés.

Yo sin embargo puedo declararte que me hacen las mujeres muchísima gracia, y que á pesar de las teorías anteriores las quiero y las defiendo, y hay muchas razones para defenderlas: si son malas, es por causa de los hombres; y yo que veo que todo lo malo que hacen es culpa nuestra, no puedo menos de adorarlas y decir: ¡cómo ha de ser!

Sí, lector; si no eres viejo; si aun te bulle la sangre en el cuerpo; si aun te se encandilan los ojos al pasar al lado de las muchachas, comprenderás muy bien que yo que soy jóven, las defienda contra todo viento y marea; y las defiendo, pese á mi amigo Blas, pese á todos los hombres gastados y de corazón de yesca; á mí me gustan las rubias por rubias, y las morenas por morenas, las muchachas sobre todo, y aun alguna que otra jamona de esas que se conservan bien, que tienen pretensiones, y que no desprecian á los hombres.

Yo creo que si tanto se habla de ellas y tan mal, es porque somos nosotros los que escribimos; y como hemos establecido esa rutina, las pobres escritoras (á esta clase de mujeres es á la que menos quiero) no tienen otro remedio que seguir nuestra huella y decir lo que nosotros decimos.

Ellas serán todo lo que se quiera, harán muchas picardías; pero sin nosotros ¿qué han de hacer? Y puesto que las ayudamos, ¿por qué se les ha de culpar á ellas solamente?

¿Con qué ley, con qué derecho?

Los hombres gastan su juventud en placeres, en inmoderaciones; y al presentarse impuros ante una mujer han de exigir de esta pureza de alma, de corazón y de cuerpo?

Las mujeres que nos educan, que nos sonríen, que nos alientan á los grandes hechos, que hacen nuestra dicha, ¿han de ser maltratadas? No sé la razon; y me alegraría que ellas se entretuvieran en decir de nosotros todo lo malo que de ellas hemos dicho.

Pero, lector, me estravio; paso los límites de la digresion, y echo sermones: disimula; tengo una disculpa; hoy es viernes y de Cuaresma; callo pues, y voy á hablarte de lo que si á tí no te interesa, á mí sí, algo mas que esto.

IX.

UNA MAÑANA.

*Nihil dulcius est amore; quia amor
ex Deo natus est.*

S. JOAN. IV.—7.

Nada hay en el mundo mas encantador, mas delicioso, mas poético que las mañanas del mes de mayo: apenas el sol tiñe de color de oro el horizonte; apenas empiezan los objetos á distinguirse con claridad, el mundo entero cambia de aspecto. Huyen las pardas y espesas brumas que tendió la noche; ocúltanse las tímidas estrellas como pudorosas vírgenes al ver pasada la hora de la cita, y las nubes discretas y misteriosas á las que la luna prestaba su blancura opaca y cenicienta, se tiñen de púrpura y luego de oro, hasta volver por las tintas graduadas de los colores al gris claro y plateado.

Sacuden las acacias sus flotantes penachos blancos de aroma delicioso, las lilas despiden su ligero perfume al sacudir las gotas de rocío, y el poético espino, de menudas flores blancas como estrellas, esparce un aroma encantador.

Todo respira poesia: los tristes arroyos ven platearse sus aguas, y las aves que buscan los insectos aun dormidos en el cáliz de las flores, entonan el himno al que las ha librado del cautiverio de la noche, de la negra y sombría cadena del sueño.

Las plantas abren sus broches, las praderas brillan con un esmalte finísimo y delicado, y el alma que aspira esa felicidad de todos los dias, pero siempre nueva, siempre igual y nunca monótona, sueña con las vagas visiones que engendró la noche, se alegra, se recrea, se embriaga.

Feliz aquel que en estas horas de paz y de consuelo halla un corazón que repita los latidos del suyo; halla unos ojos que reflejen la felicidad que brotan sus ojos; feliz el que, el brazo apoyado en el brazo de una mujer adorada, se aparta del mundo y nada en el etéreo de la felicidad; ante esa naturaleza amante, ante ese murmullo vago pero que habla al alma, el hombre no necesita decir palabras de amor á la mujer á quien ama: un suspiro se entiende, una palpitación se aprecia lo bastante para no dejarla pasar desapercibida; un latido del corazón, al latir sin saber por qué, estremece de amor y hace que los que se aman se miren, se embriaguén en una mirada y se comprendan.

Así pasaba con Inés y Federico; se habían comprendido cuando al pasear por el jardín del brazo en medio de esos misterios, se habían ido poco á poco apretando los brazos, habían ido suspirando con lentitud y se habían amado á un mismo tiempo.

Y Blas que los veía subido en el cerezo que le servía de observatorio, escondido entre las hojas como un pájaro nocturno, con los ojos fijos en la linda pareja, sentía que su cabeza se trastornaba, que era demasiado sufrimiento ver felices á otros cuando uno es desgraciado, ver que aquella mujer con la que él hubiera sido feliz, hacia la dicha de otro hombre; y cada vez que los dos primos se paraban simultáneamente, un estremecimiento vago, un frió seco y penetrante, se esparcía por el cuerpo de Blas; entonces se agarraba á la rama temiendo caerse, apoyaba la cabeza en el árbol y comprimía su llanto, que al fin rodaba por sus mejillas.

Un pensamiento de odio hacía aquella mujer le dominaba un momento; pero al punto, con la indecisión del que quiere, el odio se trocaba en amor y la quería mas y mas.

Los dos primos recorrían las calles del jardín, amándose y diciéndose mutuamente.

Blas, en una de las infinitas luchas por que pasaba su pobre cabeza, creyó mas prudente no ser testigo de aquella escena feliz, y se dispuso á bajarse del árbol, á huir de su casa para siempre, alistarse en un regimiento, y buscar la muerte en medio de las balas enemigas; pero este recurso está ya tan gastado, que el que medita un poco no lo hace.

Así fué: Si yo me marchó, decía Blas, el recuerdo de esa mujer me va á perseguir por todas partes, y mientras yo haya ido á morir, ella amará á su primo y vivirá feliz á su lado, sin pensar un solo momento en el que ha preferido la muerte á vivir sin ella en el mundo; no, no haré tal locura: ¿de qué me serviría? Aun sería mas triste, mas horrible mi posición, porque moriría lejos de ella sin volverla á ver: no; estoy ya decidido, me quedo.

Y los dos primos seguían amándose cada vez con mas pasión.

—¿Y por qué he de ser yo testigo de estos amores que me hacen padecer tanto? No vale mas que lo impida, puesto que puedo? Y efectivamente, al acabar de decir estas palabras se puso á cantar sobre el árbol.

Inés y Federico volvieron á un tiempo la cabeza al ver que no estaban solos como creían, y se hallaron á Blas haciendo que hacia algo, cantando como un desesperado. Inés miró á su primo, y los dos partieron en una carcajada ruidosa que heló la sangre de Blas, y juntos

como estaban se retiraron á la casa; mirándole, hablando de él y riéndose con estrépido.

Blas se tiraba del pelo y se dirigía los mayores y mas ofensivos improperios: Soy un necio, un bruto, decía; he dado motivo para que se ría de mí; ahora lo he perdido todo: y se bajó del árbol furioso y desesperado.

X.

DOÑA MANUELA.

No se había ocultado nada de lo que pasaba en la casa de campo á la perspicaz y curiosa Doña Manuela, y muchas veces al asomarse al balcón y al ver á su Inés recorrer las calles del jardín, del brazo de su primo, se había tranquilizado acerca del porvenir de su hija, y se había sonreído, no sabemos si maliciosamente, ó si á impulsos de la alegría interior que dominaba en su corazón: lo cierto y positivo es, que Inés amaba á Federico, que la madre lo había notado y se había alegrado, que la familia de Federico también se alegraba, porque esperaba que casándose con su prima tan sencilla y tan buena, sentaría la cabeza y que nacería de aquí una gran felicidad para todos.

Por eso Doña Manuela fomentaba con ese medio indirecto que emplean las madres para colocar á sus hijas, la pasión de los dos primos; ella les animaba para que salieran á caballo, para que fueran á pasear juntos, y tenía sumo cuidado en colocarlos al lado para que pudieran hablarse, y ya que no otro, al menos naciera de esta unión el afecto que da la costumbre.

Muchas veces al ver á su hija la había creído capaz de inspirar amor á cualquiera, y entonces era mas feliz, puesto que veía que sus cálculos de madre no habían salido errados.

En algunas conversaciones que había tenido con su hija, siempre había procurado hablarla, aunque con mucha maña, de amores, y la había contado como un suceso lo que á su parecer debía hacer, sin olvidársele añadir la moraleja de su cuento, que cuidaba siempre de pintar con vivos colores para que no se le olvidara nunca á su hija y pudiera sacar la consecuencia que ella deseaba: aun fué mas allá; en sus deseos de colocar á su hija con su primo, había creído necesario que la niña se educase un poco al mundo para que no la estrañaran algunas cosas que pudiera decirle ó contarle su primo, y la había hecho leer algunas novelas.

Siento mucho no saber cuáles fueron, pero casi puedo asegurar que algo leería de Alfonso Kar y de Balzac.

Resultó de todo esto que Inés, que como sabemos no había pensado nunca en pasiones, ni había sentido su corazón palpar, empezó á ser mas reservada en sus juegos y en sus locuras de niña, empezó á comprender que las sensaciones que sentía al lado de su primo eran amor, y empezó á meditar lo que decía, á pensar lo que hacia, y presentó á la pasión de Federico un amor puro y verdadero, un colmo de sensaciones nuevas, haciéndole probar las delicias de un amor espontáneo, de una primera pasión.

Gracias á Doña Manuela, Federico vió entonces la inmensa distancia que separaba á su prima de todas las mujeres á quienes había tratado; conoció el amor que le profesaba al verla variar completamente de carácter y de ideas, al verla asociarse á su modo de pensar, de ver las cosas, y fué feliz; sintió crecer su pasión, y la amó de veras; en aquellos momentos olvidó todas las distracciones del torbellino de la alta sociedad, y hubiera dado todo lo que poseía por no separarse de Inés, si alguno se hubiera opuesto á sus amores.

De un plan tan bien meditado, tan bien combinado y tan hábilmente resuelto, no se podía esperar mas que un desenlace: ese era el que esperaba Doña Manuela, creyendo segura y tranquila que era imposible ni aun imaginar otra cosa.

(Continuará.)

AGUSTIN BONNAT.

LETRAJA.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Tiene el buen hombre
caprichos raros
como los viejos
y los muchachos.

Gasta brasero
todo el verano,
y usa en diciembre
calzones blancos.

Porque es un genio
tan condenado,
que le enamora
todo lo extraño.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Compra en la tienda
lo malo y caro,
pues nada quiere
bueno y barato.

Si le saludan,
le lleva el diablo,
y da las gracias
por un sopapo.

Piensa con hielos
tomar los baños,
aunque reviente
de un constipado.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

¿Ve una tragedia?
Ríe el zanguango.
¿Viene el sainete?
ya está llorando.

Cuando hay un baile,
va cabizbajo
y está en la muerte
solo pensando.

Pero le llevan
al campo-santo,
y allí, deshecho,
baila el fandango.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Ya de opiniones
con él no trato,
porque de hijo
somos contrarios.

Si el despotismo
digo que es malo,
le llama al punto
gobierno santo.

Mas si á los reyes
como él alabo,
se hace un furioso
republicano.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Siempre á las chicas
nos inclinamos
que á un tiempo tengan
belleza y garbo.

¿Qué hace don Rufo?
se ha enamorado
de una mas fea

que el mismo diablo.

Ancha de arriba
como de abajo;
tuerta de un ojo,
belfa de un labio.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Hasta en su casa,
¡qué estrafalario!
todos los chismes
tiene trocados.

Bebe en cazuela,
come en un vaso;
en una alcuza
sorbe el tabaco;

En la cocina
tiene el piano,
y en una alcoba
cuece el guisado.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Ya no le sufro,
ya no le aguanto,
que con su genio
me va cargando.

Calla si grito,
grita si callo;
me da dos coces
cuando le halago.

Si digo bueno,
dice que malo;
si digo berzas,
dice que nabos.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

J. M. VILLERGAS.

JEROGLIFICO.



SOLUCION DEL PROBLEMA DEL NÚMERO ANTERIOR.

AMAPOLA.
ALELI.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhamra.